

heredera de siglos de música, filosofía y ciencia, sabrá reaccionar y poner las cosas en su sitio. La reserva que existe en todo ser, y en el mundo que habita, es la garantía para que se vuelva por fueros sensatos. Los que en su día facilitaron la reacción contra oscurantismos sociales y culturales, revelando a los hombres, sanamente, contra brutalidades como el nazismo y la dictadura de Stalin. Bosch no abomina del socialismo; todo lo contrario, toma muy en serio y extracta lo positivo de las teorías de Marx, colocando el stalinismo como corrupción del marxismo. Exalta a la democracia liberal y representativa como garantía política, cultural y hasta jurídica para toda la maldad capaz de ser generada por el hombre.

El otro diario de Colón, Germán Suárez Escudero. Interprint Editores S.A. Medellín, Colombia. 1994.

Cristóbal Colón quiso documentar minuciosamente los pormenores de sus viajes en diarios donde consignaba desde datos científicos hasta anécdotas de la tripulación. Después de su primer viaje, quiso agradecer el favor de Isabel la Católica, llevándole el texto a Barcelona y así reafirmar los privilegios otorgados en las capitulaciones de Santa Fe. Este primer diario fue copiado por orden de la reina castellana y llevado a Cádiz cuando el descubridor se preparaba para su segunda salida. El original se perdió en el taller del copista y la copia fue vendida, tiempo después, por un nieto de Colón. No obstante el famoso padre Bartolomé de las Casas pudo hacerse con ella e hizo otro ejemplar que es lo único que ha trascendido como único documento histórico. Jamás se sabrá con certeza lo exactamente anotado por Colón y habrá que acudir al contraste de datos para un mediano acercamiento a la realidad, como la identificación del primer territorio americano pisado por los españoles. Está claro que fue en el hoy conocido como archipiélago de las Bahamas, formado por más de 700 islas y peñascos. Después del glorioso día del 12 de octubre de 1492, fue tanta la ansiedad por ver islas, y por descubrir oro, que Colón parece que no anotó con exactitud las coordenadas del primer territorio. Sólo aporta como situación los 22°

de latitud norte y los 74° de longitud al oeste del meridiano de Greenwich, región poblada de territorios insulares. Describe, eso sí, las características orográficas: llana, muy verde, con mucha agua y leña. Datos que han servido a los investigadores para identificar al actual cayo de Samaná con el Guanahaní o San Salvador, ya con letras de oro en la historia.

El libro de Suárez Escudero en sí no aporta nada nuevo a esta primera expedición colombina. Se limita a transcribir la copia que de la copia hizo Las Casas, eso sí, con la importante insinuación de los cambios interesados que haría en su copia el fraile defensor de los indios. El diario, en su primer día, comienza hablando en primera persona: partimos, navegamos, etc. para continuar con la voz del narrador: navegaron, recorrieron, durmieron, etc. Pero en general el texto no es más que un encendido elogio a la gesta descubridora y a la buena nueva histórica que significó el que España llegase a tierras americanas. Tampoco se escapa la alta sensibilidad religiosa del autor y el gusto por presentar los apellidos españoles del descubrimiento, tan esparcidos a lo ancho y largo de Colombia.

Solemne y mesurado, Hugo Mujica, Losada. Buenos Aires. 1994.

El largo túnel que puede ser la muerte, el camino que tantas veces imaginamos conduce hacia lo inasible e inexplicable, forma parte de la vida en las narraciones de Hugo Mujica. El ritmo, ágil y profundo, es como el de una confesión frente al juez supremo que habita en el interior de cada cual; el mismo que imita a ese espejo en que se convierte la Biblia al ser leída, según la magnífica figura poética de Borges.

Mujica es un narrador que no hace concesiones a galería alguna. Recrea las situaciones tal y como su alma de atento observador se va impregnando de la terrible emoción del vivir. La vida es una tragedia y el hombre tiene derecho a denunciarlo así, a rebelarse contra Dios en un proceso que va más allá del propuesto por Nietzsche. Dios existe en Mujica con alegría, con fatalidad, pero también con la inteligencia que se necesita para vengarse del terrible castigo de vivir. Y no es

que exista una amargura ni un pesimismo schopenhariano en la prosa de Mujica. No. Lo que estalla es la verdad que sólo se puede decir cara a cara uno mismo, en un intento de hacer estallar el espejo que nos persigue como una maldición a flor de piel. En poco tiempo, el cortísimo que se tarda en leer *Solemne y mesurado*, el lector advierte una fragancia distinta en la propuesta existencial, la posibilidad de poder hacer uso del doble filo de un arma intangible.

La soledad como perfecta compañera, conquistada en medio de una atronadora compañía, es para un músico famoso mayor tesoro que el de los aplausos con que lo premia el público de todos los países. Sabe comerciar, administrar, dominar, en suma, al aparato que ha inventado y que le ata al mundo con una gravitación más potente que la artística. Desde la nota final hasta el comienzo de la salva de aplausos, el protagonista de *Scherzo* se sumerge dentro de sí y emerge nuevamente para él en un ejercicio que es prácticamente el ensayo o preámbulo de un suicidio.

Y es que el suicidio es una práctica muy frecuente en los cuentos que componen *Solemne y mesurado*. El autor trata el tema sin rubor, sin pedir perdón, casi como reclamando el derecho a matarnos que tendríamos todos. Si la muerte forma parte de la vida qué mejor ejercicio de libertad, y de vida misma, que el de acabar con ésta, sin temor a la tópica y majadera acusación de cobardía. En la narración que da título a todo el libro, el protagonista utiliza la primera sinfonía de Mahler (*Solemne y mesurado*) como fondo y sustento para suicidarse de un tiro en la boca.

Y es que toda la obra es una ceremonia equidistante entre lo terrenal y lo trascendente, entre lo religioso y lo profano, en ese sacerdocio a que está condenado el poeta, el escritor. Acaso como reflejo del género humano al que pertenece.

Tiempo sagrado y tiempo profano en Borges y Cortázar, Zheyla Henriksen, Editorial Pliegos. Madrid. 1993.

No sólo para Borges, Cortázar y muchos más escritores el tiempo es una obsesión. Y lo peor, una obsesión

sin solución. En otros ámbitos tenemos idéntico problema con soluciones científicas, más para nada filosóficas, poéticas, ni mucho menos, metafísicas. Estoy refiriéndome a Stephen Hawking y su *Historia del tiempo*.

Tiempo sagrado y tiempo profano en Borges y Cortázar es un estudio minucioso, con una profundidad de campo que hace de la obra de la profesora Henriksen toda una radiografía. El lector más cuidadoso no podría sospechar que se hallasen tantas claves en unas literaturas cuyos autores se afanarían en defender como simple divertimento para el lector. Pero, evidentemente, son mucho más. Son, sobre todo la de Borges, una exploración en nuestra conciencia eterna, en esa inmortalidad que el hombre se esfuerza por olvidar o maquillar, pero de la que no puede separarse ni un instante. El hombre no ha existido siempre sobre la faz de la Tierra. La presencia que le otorgan la paleontología, la antropología y otras ciencias son puro artificio que intenta manipular esa convivencia humana con el cosmos, desde una creación que no tiene tiempo y sí apenas lugar. Cuando el hombre piensa lo hace en una dimensión irreal, en una lucha frenética con la divinidad, negándola y aceptándola, tratando de ser un mismo ente al que se le niega carácter superior.

Uno es, pues, el tiempo profano y otro el sagrado. En el primero residen la ciencia y otras exactitudes prosaicas en las que el hombre se enzarza y prácticamente malgasta su tiempo. Allí no vive; simplemente vegeta y, mucho menos, existe. Es en el otro estadio donde la existencia se hace plena, dado que establece el combate con Dios, sin ningún tipo de sonrojos ni prejuicios. El hombre que protesta y se revela contra Dios en Nietzsche es, en la poética de Borges y en la cuentística y ensayística de Cortázar, el más pleno que en la Creación se puede encontrar. Sobre todo porque es el momento y el espacio (todo sumido en un mismo conflicto y propuesta) en que habitan los sueños, aquella fortuna que creemos que nos roban cuando despertamos, al decir del autor de *El Aleph*.

La obra de la doctora Henriksen es un agradable laboratorio para diseccionar dos de las más importantes obras que se hayan escrito en idioma castellano. Valiosísimo estudio que proporciona, saca a la luz, recónditos secretos como son el uso de la cabalística hebrea por parte de Bor-

ges, su simbología, como también la de Cortázar. Borges se nos descubre como otro cabalista que nos sugiere la verdad, nos la enuncia, dando tímidas pero nítidas pautas, tal y como lo hacen los autores del Libro de los Libros.

El diablo en la tierra de Santa Cruz, Laura de Mello e Souza, Alianza América. Madrid. 1993.

Durante el tiempo de la Colonia, la religiosidad europea se traslada a América con todo su bagaje. No sólo Dios existía sino su antípoda el Demonio y las fuerzas de uno y otro se emplazaron en el Nuevo Mundo en una lucha sin tregua que no ha finalizado ni después de la Independencia. Changó sigue rigiendo buena parte de la vida cubana en estrecha sociedad y/o competencia con Santa Bárbara, logrando uno de los más perfectos sincretismos de que se tenga noticia en el continente americano.

Son poco conocidos los desvelos que el Santo Oficio tenía en la otra potencia ibérica, Portugal. Sin que se tenga noticia de un Torquemada luso, en el país vecino no hubo ociosidad inquisitorial y tanto en la metrópoli como en el mundo a ella sometido la actividad fue enorme. El imaginario medieval, que «ilustra» tierras lejanas pobladas de seres extraordinarios, cobraba imagen física conforme se avanzaba en la conquista. Así, el Paraíso Terrenal dejaba de estar en África o Asia, donde alternativamente residió, para quedar en Brasil. Pero la ednización fue cuestión de los primeros tiempos y la inmensa provincia portuguesa se convirtió en una Lusitania tórrida, machacada por mosquitos y fieras. Las varias y pintorescas formas de interpretar el cristianismo se aclimataron en el nuevo suelo, así como la represión que no tenía descanso, abriendo sumarios y siguiendo juicios tanto en Portugal como allende los mares. Las colonias de África tampoco escaparon al celo inquisitorial, ni mucho menos a un curioso tráfico de deportados a quienes no se les quemaba en la hoguera, sino que se les hacía cruzar el Atlántico como escarmiento. Ni qué decir tiene que su prestigio como magos, hechiceros e intermediarios de Satanás se acrecentaba, multiplicando conocimientos y poder con el cambio de sede.

Santa Cruz, como en principio se llamó Brasil, vio nacer y crecer a brujos y hechiceros de diferente pelaje

racial. Cristianos peninsulares, viejos, nuevos y conversos, así como esclavos negros, libertos, indios y mestizos, no fueron nunca del desagrado del Maligno. Ansioso de alma o de oficiantes de su culto, Satanás competía a brazo partido con la Iglesia que se veía en desventaja, pues basaba su fuerza en el Patronato de la Corona. Un buen rey portugués tenía el altísimo encargo de propagar la fe y además limpiarla de impurezas. Hasta muy tarde Roma no tomó el asunto como suyo y entonces repartió bulas y se puso manos a la obra. Lo que no fue suficiente para que el reino de las sombras no extendiera sus dominios y dos fes paralelas solucionaran los asuntos del más allá, lo que desembocó en un sincretismo al ritmo del colonizador en lo económico y civil.

El diablo en la tierra... es un excelente trabajo de investigación donde no se dejan cabos sueltos y cada aspecto es minuciosamente tratado por la autora. En un medio como el hispánico, donde la cultura lusa es dejada de lado y tanto la Península como Latinoamérica se ven como dos siameses pegados por la espalda, la obra de Mello e Souza es una grata invitación a subsanar tan lamentable olvido. Portugal y Brasil representan la otra orilla de la iberidad a la que es preciso acercarse.

Antología crítica de la poesía de Costa Rica, Carlos Francisco Monge, Editorial de la Universidad de Costa Rica. 1994.

Es evidente que la literatura costarricense, y no sólo la poesía, empezaría en la mismísima época española, como las restantes hispanoamericanas. Pero el estudio de José Francisco Monge parte del Modernismo, escuela que presenta más o menos las mismas coordenadas que en el resto del mundo. No obstante, la escuela costarricense es rica y, como todas, tiene algo para aportar a todo aquel que se asome a su lírica con sed creadora.

En principio se advierte una etapa premodernista en la que movimientos de similar tendencia en todo el ámbito hispano influyen en la poesía costarricense. Rápidamente se consolidaría el Modernismo propiamente nacional por lo que no es extraño el influjo de plumas como la de Herrera y Ressig, Chocano y, por supuesto, Rubén Darío. Son los autores nacidos entre 1874 y 1897, como